

LOS DESAFÍOS DE LA TRANSICIÓN CHECOSLOVACA

por VLADIMÍRA DVOŘÁKOVÁ y JIŘÍ KUNC (1)

SUMARIO

I. INTRODUCCIÓN.—II. ¿FUE POSIBLE UNA TRANSICIÓN VÍA TRANSACCIÓN?—III. LA ENTREGA DE PODER Y LA TOMA DE PODER.—IV. EL DESAFÍO DEL ESTADO PRIVATIZADO.—V. EL DESAFÍO DE LO POLÍTICO.—VI. EL DESAFÍO DEL NACIONALISMO.

I. INTRODUCCIÓN

Después de la Segunda Guerra Mundial, Checoslovaquia era probablemente el país de Europa Central y Oriental con las condiciones más favorables para la implantación de un régimen totalitario estalinista. El partido comunista fue sometido a un duro proceso de estalinización ya desde 1929. Tenía un fuerte arraigo obrero y popular que le permitió alcanzar un 40 por 100 de los votos en las primeras elecciones de postguerra, en 1946. Sin embargo este alto porcentaje de votos fue obtenido con un programa no estatalizante y no bolchevique (sin referencias a la colectivización de la tierra, a los koljoses, y con promesas de mantenimiento y apoyo a la pequeña industria). Después de asumir el poder, en febrero de 1948, estas promesas no fueron respetadas, lo que provocó un gran descontento social, incluso en el seno del partido. La cúpula dirigente tuvo que recurrir cada vez más al terror no sólo contra la sociedad sino contra las filas del partido. El terrorismo de Estado tenía en todos los países del Este la misma inspiración y la misma fuente estalinistas, pero en Checoslovaquia duró más tiempo que en otros países, pasada la ola de represiones masivas con el deshielo de Krutchev. Movidos por los temores de tener que rendir cuentas de la represión, los dirigentes del Estado y del partido apostaron por la

(1) La redacción de este artículo fue posible gracias a una ayuda de la *Research Support Scheme* de la *Central European University*.

congelación de la situación vigente y de todas las relaciones sociales y políticas, y frenaron o detuvieron los demás «cambios revolucionarios» pendientes a cambio de que nadie desafiara su permanencia en la dirección del Estado. La Constitución socialista de 1960 consagró esa permanencia con la fórmula del papel dirigente del partido comunista. Ante los brotes de descontento, los dirigentes combinaban a la vez la represión y la conciliación, con el objetivo único de impedir el surgimiento de una oposición política organizada; se repetían depuraciones del partido para acabar con el «socialdemocratismo» persistente, lo que se combinaba con los premios materiales o la tolerancia ante la corrupción para los incondicionales de la «nomenklatura». Algunos partidos políticos mantuvieron una existencia legal ficticia, sometidos a un estricto control que les impedía jugar un papel de oposición.

A mediados de los años sesenta, el régimen checoslovaco no podía considerarse totalitario. Como mucho puede definírsele como posttotalitario señalando así la salida casi imperceptible del ímpetu totalitario de los primeros años cincuenta. En los años sesenta los temas políticos prácticamente desaparecieron de los discursos oficiales. La dinámica del régimen seguía mucho más de cerca las pautas establecidas por los estudiosos de los autoritarismos sureuropeos y latinoamericano. Y la misma Primavera de Praga fue un proceso con una evolución que siguió la lógica de las aperturas democráticas, democratizaciones dirigidas y otros cambios de régimen estudiados en el mundo occidental. El hecho de que el intento democratizador fuera interrumpido y sucumbiera ante los tanques del Pacto de Varsovia, en agosto de 1968, no presta validez alguna a las afirmaciones de que tal proceso estaba condenado de antemano por ser tales cambios supuestamente imposibles en su esencia.

Es innegable que después de la invasión de los tanques soviéticos y bajo la constante presión de Moscú, reaparecieron las pretensiones totalitarias. Un reducido grupo de líderes probrezhnevianos o neostalinistas estableció un férreo control ideológico sobre todos los cargos directivos (en la administración estatal, en la industria, en las Universidades, etc.), no sin un compromiso con otros grupos influyentes de talante más conservador que totalitario. Reaparecieron las represiones, pero esta vez bajo una forma más civilizada, es decir, sin condenas a muerte, con penas de prisión leves de manera selectiva, impuestas sólo a los disidentes más activos de la oposición. El grueso de la represión provenía de la prohibición de hecho a los intelectuales disidentes de seguir con su trabajo o publicar sus obras, y las amenazas (a veces cumplidas) de no permitir el ingreso a las Universidades y los liceos a sus hijos. Las dimensiones de esta represión todavía no se conocen exactamente, a pesar de los esfuerzos de varios organismos en pro de la defensa de los derechos humanos. El número de los condenados a penas de prisión fue del orden de algunas decenas (2), mientras casi medio millón de ciudadanos y sus familiares padecieron alguna forma de exclusión de la vida social por motivos políticos. Al mismo tiempo, el régimen

(2) Según Amnistía Internacional, en 1989 había en Checoslovaquia 36 «detenidos de conciencia», sin contar a los perseguidos por «actividad religiosa ilegal» o por intentos de salir de manera ilegal del país.

premiaba y distribuía honores no sólo a sus incondicionales, sino también a todas las elites culturales, artísticas y académicas que se mantenían neutrales. Para establecer el grado respectivo de disidencia, lealtad o apatía, se formó paulatinamente un complejo conjunto estructurado de signos emitidos a través de la presencia o ausencia del individuo en unas u otras sesiones, en las manifestaciones, etc. Es decir, se trataba, como ha señalado Przeworski, de «un pacto social implícito en que las elites ofrecieron una perspectiva del bienestar material a cambio de silencio» (3).

En suma, ni siquiera durante los veinte años que separan el aplastamiento del proceso de democratización de 1968 y la llamada revolución de terciopelo, prosperaron los intentos de totalizar al régimen. Y sólo de esta manera es explicable la dinámica de la crisis del régimen y su desmoronamiento.

«Quién no roba, hurta a su familia.» Este dicho popular dice mucho más sobre las relaciones sociales en la Checoslovaquia de los años ochenta que los slogans oficiales actuales sobre el totalitarismo. Algunos elementos interesantes para el análisis de la sociedad checoslovaca de ese entonces los ofrece el sociólogo Ivo Možny; por ejemplo la descripción de la situación a finales de los ochenta, cuando todos los checoslovacos (tanto los dominantes como los dominados) necesitaban oficializar lo que existía de hecho, desembarazándose de los rituales arcaizantes y los tabúes obsoletos (4). En otras palabras, en 1989 casi todo el mundo, tanto los que habían colaborado con el régimen como sus víctimas estaban esperando con confianza un cambio.

II. ¿FUE POSIBLE UNA TRANSICIÓN VÍA TRANSACCIÓN?

La elaboración de un esquema alternativo de los acontecimientos históricos constituye siempre una empresa delicada. Aquí nos limitamos tan sólo a señalar algunos factores favorables a tal solución alternativa, y otros que necesariamente tenían que complicar una transición negociada en el caso de que algunas fuerzas político-sociales hubieran intentado seguir una vía semejante.

Entre los factores favorables para una solución pacífica de la democratización se debe mencionar la situación económica. El régimen comunista no terminó sus días con un fracaso económico rotundo. Incluso se produjo cierta prosperidad económica, lo que jugó un papel determinante en la pacificación de la oposición. Sin duda, la economía en su totalidad fue deteriorándose durante las últimas dos décadas, porque dicha estabilidad y el mantenimiento de un nivel de vida aceptable fueron conseguidos al precio de aplazar las reformas estructurales necesarias. Argumentando siempre que la precaria situación política no permitía intervenciones drásticas en las condiciones de vida de los trabajadores, tanto el gobierno como el buró político del PC

(3) ADAM PRZEWORSKI: «The "East" Becomes the "South"? The "Autumn of the People" and the Future of Eastern Europe», *Political Science & Politics*, March 1991, pág. 20.

(4) IVO MOŽNY: *Proč tak snadno?*, Slon, Praha, 1992.

negaron repetidas veces, durante la década de los ochenta, su apoyo a los proyectos de reconversión de la industria pesada, minas y fábricas de armamento, así como a las reformas más ambiciosas de todo el sistema de planificación y gestión de la economía. Todo esto, junto con la devastación del medio ambiente, formaba una situación de precrisis potencialmente explosiva, pero sin afectar de manera palpable al consumidor medio. En consecuencia, en la Checoslovaquia prerrevolucionaria no hubo tensiones sociales de un nivel comparable con Polonia u otros países. Por otra parte, existía un descontento general con el pequeñísimo abanico salarial (con una relación de 2:1 entre el más alto y el mínimo) que contrastaba con los privilegios de unos pocos líderes en la esfera del consumo. Fue creciendo también el desconcierto ante la comparación del nivel de vida y del consumo en Checoslovaquia y en los países vecinos (Alemania Federal, Austria) de lo que resultaba el famoso efecto de demostración (o de deslumbramiento) propicio para una solución populista. El resultado fue un clima general de deseos de cambio, aunque no dirigidos en ningún sentido concreto (5).

El segundo factor favorable para una solución pactada era el nivel latente y prepolítico del descontento general. Teóricamente, el régimen habría podido iniciar una liberalización en cualquier momento del último lustro, llevarla adelante negociando con la oposición democrática cuya formación estaba todavía en ciernes y, de esta manera, mantener su iniciativa hasta etapas avanzadas de la democratización, controlando importantes aspectos de la transición. Hasta 1987 desempeñaban cierta actividad opositora tan sólo cinco grupos disidentes de los cuales solamente el movimiento en defensa de los derechos humanos «Carta 77» gozaba de una autoridad moral indiscutible. En 1988, existían 14 grupos y en el verano de 1989 ya 39, incluyendo el club por el socialismo democrático «Obroda» (Renacimiento), una organización de los ex comunistas reformistas del año 1968, la cual fue considerada por la dirección del PC como la amenaza más seria. Y si bien las actividades de la «Carta 77» y otros grupos gozaban de simpatías populares, la capacidad de movilización fue mínima hasta finales de 1988. El cambio se produjo a principios de 1989 en el curso de los duros enfrentamientos entre la policía y miles de manifestantes en la Plaza San Venceslao de Praga.

También la escena internacional era generalmente favorable a una liberalización desde 1985, con la llegada de Gorbachov y los primeros pasos de la «perestroika». Por parte de los países vecinos llegaban señales que influyeron de manera negativa en una posible apertura consensuada hacia el proceso democratizador, si bien los

(5) Desde 1988 hasta la mitad de 1989 aumentó el número de quienes afirmaban disponer de posibilidades muy limitadas de hacer valer sus intereses de un 53 por 100 a un 59 por 100. El 91 por 100 de los encuestados pedían una reestructuración (perestroika) compleja en todas las esferas. Al mismo tiempo, un 58 por 100 de los encuestados creían que la cúpula dirigente llamada a coordinar la reestructuración no garantizaba el éxito de su realización. Y un 57 por 100 de los miembros del PC y un 52 por 100 de los cuadros dirigentes del mismo partido expresaron su desconfianza en la dirección del PC y del Estado.

mismos factores contribuyeron al rápido fin del régimen. Con la mesa redonda polaca se inició un proceso de consenso admirable, pero cuando se celebraron elecciones semicompetitivas el 4 de junio de 1989 y Solidaridad ganó todos los escaños menos uno entre los de libre elección, mientras la coalición gubernamental ni siquiera obtuvo un senador, y el 13 de agosto, cuando Walesa anunció, por primera vez, la decisión de Solidaridad de formar un gobierno sin comunistas, los disidentes en Checoslovaquia comenzaron a pensar en un escenario diferente, es decir, en una sustitución lisa y llana del régimen. Estas expectativas se vieron reforzadas por el derrumbamiento inesperado del último bastión del ncoestalinismo en Europa Central, Alemania Oriental. Este ambiente internacional aumentó la distancia entre el poder y la oposición y fortaleció a las alas radicales de ambas partes.

Por lo tanto, podemos especular que una transición consensuada iniciada desde dentro y desde arriba habría sido posible hasta finales de 1988 o hasta los primeros meses de 1989; en el segundo semestre del año este potencial reformista o liberalizador de la dirección oficial del país se habría desvanecido. Sin embargo, el problema es que quizá jamás existió este potencial y la voluntad o capacidad de cambio, dado que la legitimidad del grupo dirigente del Estado y del PC se derivaba tan sólo de la llegada de los tanques soviéticos y de la negación siguiente del proceso de reformas de 1968; la apertura de un proceso democratizador significaría un automático desmantelamiento político de este grupo, cuyos miembros temían incluso la venganza y la liquidación física. Algunos personajes de la cúpula, tales como Vasil Biľak, divulgaban el mito amenazador de los campos de concentración supuestamente preparados en 1968 para los «internacionalistas honestos», sugiriendo la inevitabilidad de una repetición de lo mismo en caso de cualquier apertura.

En un momento tan avanzado de la erosión del régimen comunista como agosto de 1989, el secretario para los asuntos internacionales del PC, Jozef Lenárt, que sustituyó en ese puesto al completamente desacreditado Vasil Biľak, efectuó varios viajes con el objetivo de organizar un férreo eje Berlín-Praga-Bucarest que iba a servir de bastión de resistencia a todos los intentos de desintegración causados por la «perestroika» soviética. Estos planes se basaban en la esperanza de la caída inminente de Gorbachov y la inevitable restauración de una política «dura», sin concesión alguna a los disidentes. Incluso hubo quienes planteaban «salvar a Polonia de la contrarrevolución» en una acción conjunta a la manera de la invasión de Checoslovaquia en 1968.

Bajo el peso de tales argumentos, la dirección de Miloš Jakeš se aferró a una línea de confrontación y represiones, si bien los llamamientos de la cúpula dirigente para que las organizaciones de base del partido, sindicatos, etc., le dieran su apoyo en contra de la actividad disidente ya sonaban huecos y, en el verano de 1989, hablando en una sesión de los activistas regionales del PC, en un tono mitad autoritario y mitad desesperanzado, Miloš Jakeš suplicó a todos que no dejaran a la dirección del partido «completamente sola». El balbuceo de Jakeš se tornó célebre. De la misma sesión confidencial se filtró al público una cinta que luego circuló en

el país y fue transmitida también por las estaciones de radio extranjeras. El descrédito de la dirección del PC por su torpeza y senilidad fue total.

Si bien quedó descartada la posibilidad de una liberalización iniciada por la dirección del PC, existían otros proyectos para iniciar una democratización desde el régimen desplazando a la dirección del momento. Sobre su fuerza real se especula mucho y se sabe poco ya que no tuvieron tiempo para desarrollarse. Uno de los proyectos de recambio estaba vinculado a la persona del entonces primer ministro Ladislav Adamec quien libraba una lucha en el interior de la dirección empujándola tanto hacia las reformas económicas como a las políticas (proponía eliminar de la Constitución el artículo sobre el papel dirigente del Partido en la sociedad). Después de muchos tiras y aflojas (ofreció repetidas veces su dimisión) su lucha resultó solitaria y estéril. La dirección del PC le obligó a pronunciar discursos en contra de su voluntad. El primer ministro se comportó demasiado disciplinadamente también en otros momentos. En septiembre de 1989 establecieron contacto con él dos personajes de la vida cultural ofreciéndole servir de puente para entablar un diálogo con la oposición. Adamec no descartó la iniciativa, pero esperó y finalmente consultó a Jakeš quien le prohibió continuar con los contactos.

Por último se especula, aunque no se sabe mucho de ello, sobre otro proyecto de recambio vinculado con la policía política (Seguridad de Estado). Lo cierto es que la policía política, gracias a su red de colaboradores en todas partes, estaba muy bien informada tanto de los proyectos reformistas de Adamec como de las actividades de la oposición. Y hay señales de la existencia de un proyecto de cambio concebido en las filas mismas de la policía política utilizando o incluso manejando los planes de la oposición. Por todo ello, en los acontecimientos del 17 de noviembre pueden encontrarse huellas de la presencia de varios proyectos interpenetrados, en armonía y competencia.

Podemos terminar este breve repaso intentando una respuesta a la pregunta de este apartado. En noviembre de 1989, una transición vía transacción no estaba todavía descartada, pero desde el punto de vista estructural ya no era necesaria como punto de partida de una apertura. Crecía la posibilidad de las dos otras salidas según la tipología utilizada, es decir de la transición por medio del colapso o la transición vía autoexclusión. En realidad, como veremos, hubo elementos de los tres tipos.

III. LA ENTREGA DE PODER Y LA TOMA DE PODER

Dentro de la dinámica galopante de los acontecimientos después del 17 de noviembre se pueden discernir cuatro fases, según las prioridades de la oposición, que desde aquella fecha no perdió la iniciativa.

En la primera fase preveía todavía la inseguridad ante el aparato represivo del régimen. La oposición democrática se unificó en un teatro de Praga, el 19 de noviembre, y formó el Foro Cívico al cual se adhirieron todos los grupos disidentes y los estudiantes. Estaban presentes también los delegados de los partidos legales

—el Partido Popular, el Partido Socialista— y a título personal también algunos comunistas. El cronista de aquellos acontecimientos, V. Bartuška, de la comisión parlamentaria de investigación, describe el clima generalizado de inseguridad y sorpresa de todos los participantes de aquella sesión y también de las deliberaciones del Foro Cívico en los días siguientes: realmente, habría bastado llevar un furgón de la policía a la puerta del edificio donde el Foro Cívico deliberaba y decirles a los participantes: Señores, suban al camión... (6) Sin embargo, la policía no llegó y si bien se discutió hasta el 22 de noviembre en el Buró Político del PC sobre la posibilidad de una intervención policial, de las Milicias Populares o incluso del Ejército en contra de las manifestaciones, esta opción fue rechazada (7). Con el consentimiento tácito de las fuerzas de seguridad los manifestantes instalaron altavoces en la plaza San Venceslao. Incluso, como se supo después, el presunto estudiante muerto a causa de la represión policíaca (lo que sirvió de chispa para reunir a miles de personas en la calle) fue un oficial de la misma policía política que fingió estar muerto por una orden nunca explicada de sus superiores.

Al calor de las manifestaciones de protesta y debido a que el gobierno no reaccionaba, aumentaron también las exigencias de la oposición. Después del 17 de noviembre se estableció el diálogo que no había prosperado antes, es decir, las deliberaciones entre la delegación oficial encabezada por el primer ministro Ladislav Adamec y compuesta además por miembros de los partidos políticos legales no comunistas (Socialista, Popular) y por la oficialista Unión Socialista de la Juventud, y, por otra parte, la delegación del Foro Cívico encabezada por Václav Havel. Como condición al diálogo exigida por la oposición, el primer ministro aseguró al Foro Cívico que no recurriría a la represión, sin poder estar seguro en aquel momento (el 21 de noviembre) de ser obedecido por las fuerzas de represión, dada la dispersión de los centros de poder y la continuación de la dirección inmovilista de Jakeš en el PC. Todo el Buró Político con Jakeš a la cabeza dimitió el 24 de noviembre y el nuevo secretario general, Karel Urbánek, resultado de un compromiso entre reformistas e inmovilistas en el partido, declaró su disposición a dialogar con todos. Sin embargo, la desconfianza entre las partes en las negociaciones fue demasiado grande y Urbánek reforzó la imagen continuista al promover al Buró Político a algunas personas completamente desacreditadas. El primer ministro resultaba el único interlocutor viable para la oposición. El argumento fuerte del Foro Cívico fue la amenaza de una huelga general convocada para el día siguiente al primer encuentro entre las delegaciones de Adamec y Havel.

En la primera y la segunda fase (en que la oposición protestó contra la pertenencia al Politburó de personas desacreditadas por sus declaraciones a favor de la presencia de los tanques soviéticos), los objetivos de la oposición y del primer ministro coincidían casi completamente. Lo llamativo de las deliberaciones era que

(6) VÁCLAV BARTUŠKA: *Polojasno*, Praha, 1990.

(7) Sobre el papel del Ejército durante la transición y los meses siguientes véase M. VACEK: *Proč bych měl mřít...*, Praha, 1991.

el Foro Cívico se comportaba como si Adamec fuera no sólo el único interlocutor aceptable, sino también el único y todopoderoso, como si ya no existieran otros centros de poder, tales como las fuerzas de represión y el Comité Central del PC. Hasta cierto punto, el supuesto fue válido para el caso del PC, ya que desde el 24 de noviembre la nueva dirección del Partido dejó de coordinar sus acciones con las de Adamec y no tomaba ninguna iniciativa. La revocación oficial por el parlamento del artículo de la Constitución que señalaba el papel dirigente del PC, el 29 de noviembre, tan sólo sancionó la situación de hecho. Sin embargo, el PC poseía con su millón y medio de miembros y sus medios de comunicación, la mayor fuerza política del país y nadie sabía lo que iba a hacer con ella. Aceptando a Adamec como interlocutor, el Foro Cívico le planteaba cosas que él no podía de ninguna manera cumplir en su calidad de primer ministro, tales como las dimisiones de algunos personajes en la cúpula del PC, la dimisión del presidente de la República, la revocación de las resoluciones del Parlamento, etc. Adamec podía servir tan sólo de intérprete de las exigencias del Foro Cívico ante los órganos constitucionales. De ello se derivaba también cierta posición «centrista» para Adamec en la que él basó toda su estrategia.

Al pasar de las dos fases de completa coincidencia (la pacificación y la condena de las fuerzas de represión) al problema de la reconstrucción del gobierno, esta coincidencia se vio frustrada por el comportamiento del Foro Cívico. Por una parte, la delegación del Foro Cívico se negó a aceptar una corresponsabilidad en la labor del nuevo gobierno y a ofrecer sus candidatos a cargos de ministro. Sin embargo, le aseguró a Adamec su plena confianza y prometió apoyar su nuevo gobierno. En cambio, cuando se anunció la composición del nuevo gobierno (15 comunistas y 5 no comunistas), el Foro Cívico le negó el apoyo y reanudó sus exhortaciones a la desobediencia civil y a una huelga general. Adamec, enfurecido, exigió que el Foro Cívico adoptara inmediatamente una posición responsable y le diera los nombres de sus candidatos a ministros. Después de una respuesta positiva enviada por escrito, Adamec redactó varias alternativas de la composición del gobierno y se preparó para negociar un compromiso y una salida consensuada. Esta vez, sus planes fueron frustrados desde el extremo opuesto del espacio político. Momentos antes de la negociación, la dirección del Foro Cívico se reunió con la delegación del Comité Central del PC encabezada por Urbánek. La dirección comunista expresó durante este encuentro su convencimiento de que las exigencias del Foro Cívico eran completamente naturales y mínimas y dejó en el aire la sensación de querer abandonar la vida política. Como comentó después el politólogo checoslovaco Zdeněk Mlynář, «la dirección comunista abandonó el poder con la irresponsabilidad de un gambetto».

Naturalmente, después de esta sesión, las negociaciones entre Adamec y la delegación del Foro Cívico y su análogo eslovaco (Opinión Pública Contra la Violencia) duraron tan sólo 10 minutos. Esa misma noche (6 de diciembre) Adamec anunció en la televisión su dimisión, no sin causar un desconcierto en las filas del Foro Cívico que repetía que el diálogo se había establecido con Adamec y sólo con

él podía continuar, y le ofrecía, por fin, varias posibilidades de compromiso. En vano. Lo que siguió fue un escenario de un desmoronamiento total no tanto del régimen como más bien de las fuerzas y el personal que ocupaba la escena política. Hay ya numerosos testimonios de los protagonistas del momento indicando que este desmoronamiento supuso un golpe inesperado para la oposición que había fraguado el Foro Cívico como un grupo de presión sin más. A esas alturas, si bien ya era dominante la idea de una sustitución lisa y llana del régimen, el Foro Cívico no tenía capacidad ni intención de entrar en el gobierno o de formarlo. El escenario que imaginaban era el de que un componente del Foro Cívico —a saber, el grupo de los ex comunistas Obroda— iba a asumir la voz cantante en la formación de los gobiernos futuros; fue la hipótesis avalada en aquel entonces incluso por el ala más anticomunista y antiexcomunista del Foro Cívico, como lo admitió por ejemplo Daniel Kroupa, uno de los cerebros programáticos del Foro Cívico y fundador del partido Alianza Democrática Cívica: «Pensábamos que el grupo Obroda iba a formar el gobierno y se iba a desacreditar ante el público en un lapso de dos o tres años. Entonces habríamos llegado nosotros.» La «huida de los dirigentes» invirtió todo este escenario en un par de días. La composición del nuevo gobierno fue ya dictada por el Foro Cívico y si bien inicialmente abarcó a varios personajes miembros del PC, la mayoría de los mismos fueron devolviendo sus carnés durante las semanas siguientes o a principios del año 1990, como en el caso del nuevo Primer Ministro Marián Čalfa (8).

IV. EL DESAFÍO DEL ESTADO PRIVATIZADO

La narración anterior fue redactada con la convicción de que tanto el «qué» como el «cómo» de la caída de ciertos regímenes y la instauración de otros son sustanciales para comprender el ritmo y alcances de la transición, así como los problemas fundamentales del régimen sucesor. De lo señalado hasta ahora queremos subrayar el hecho de que la apertura democrática en Checoslovaquia comenzó gravada de una serie de malentendidos. La oposición democrática (es decir, su núcleo principal representado por «Carta 77»), reducida numéricamente y bastante aislada políticamente, fue librando una larga lucha contra un régimen totalitario que no existía, que vivía solamente en la nostalgia de algunos comunistas oligarcas y en la percepción

(8) De los todavía pocos libros de testimonio, memorias y análisis de «primera mano» escritos por los participantes o testigos de los acontecimientos vale la pena señalar las obras publicadas en checo: MICHAL HORAČEK: *Jak pukaly ledy*, Praga, 1990; OSKAR KREJČI: «Proč to prasklo?», revista *Tvorba*, núms. 1-12, 1991 —una versión ampliada fue publicada bajo el mismo título, Praha, 1992 (el autor fue asesor político de varios gobiernos y sirvió de enlace entre el gobierno de Adamec y las iniciativas de oposición); VÁCLAV BARTUŠKA: *op. cit.*, Timothy Garton Ash, *We The People*, Cambridge, 1991; Documentos de los diez primeros días de la llamada revolución de terciopelo han sido publicados bajo el título *Deset pražských dnů 17.-27. listopad 1989*, Praha, 1990.

de los mismos dirigentes de la oposición enfrentados cada día con la represión de la policía política. Esta oposición democrática se limitó, hasta etapas muy avanzadas de la erosión del antiguo régimen, a pedir el diálogo y de repente obtuvo todo el poder, gracias a su intransigencia ante los «totalitarios» supuestamente todopoderosos. Por otra parte, el poder anterior si se sentía aislado y bastante desesperanzado («no nos dejéis completamente solos» decía Jakeš), pero nunca sospechó que la misma policía política y las fuerzas de represión en que confiaba estaban preparando sus propios proyectos de recambio utilizando para tales fines sus conocimientos sobre la desunión y las rivalidades personales en las filas de la oposición. Y la suma provisional de los malentendidos y las batallas libradas contra un enemigo inexistente sería incompleta sin recordar los esfuerzos siempre frustrados llevados a cabo desde el seno del Partido Comunista de deponer a su dirección y abrir, con la ayuda nunca ofrecida por Gorbachov, una apertura democrática que enlazara con el proceso emancipador de 1968. En suma, nadie ha conseguido aquello por lo que había luchado. ¿Y el nuevo poder?

Los nuevos detentadores del poder lo asumieron con las buenas pretensiones de liquidar las viejas estructuras de un Estado pseudosocialista e injusto que defendía privilegios para un reducido grupo de personas, que excluía a la mayoría de la vida política y negaba los más elementales derechos humanos. Sin embargo, su ascenso al poder se plasmó en un simple cambio de personal en el interior del mismo Estado oligárquico. La actividad del nuevo Presidente, el nuevo gobierno y el nuevo personal en la cúpula ministerial fue impresionante, pero reducida finalmente a un ámbito bastante modesto: a la esfera simbólica y al viraje completo en la orientación de la política exterior. Las antiguas prioridades hacia la Unión Soviética y los llamados países socialistas fueron desplazadas completamente por otras, dirigidas esta vez hacia EE.UU., Alemania Federal, Europa Occidental y, en general, el mundo libre y la civilización cristiana. En el ámbito interno, ello conllevaba un retorno a los principios de la economía de mercado con la privatización masiva de los medios de producción y los designios explícitos de borrar más o menos completamente las cuatro décadas pasadas de la historia, enlazando el presente con el año 1948 antes de la toma del poder por los comunistas, o bien con el 1945 y los primeros decretos de nacionalización de la economía del presidente Edvard Beneš, o incluso con la situación anterior a la Segunda Guerra Mundial.

Lo grave era que el nuevo personal asumió voluntariamente el estado de cosas que teóricamente pretendía borrar. Desde principios de 1990 en adelante, se libró una batalla espectacular acerca de qué clientelas y parentelas nuevas iban a sustituir a las antiguas en los ministerios, la televisión estatal, etc. El nuevo personal no se resistió a la tentación de considerar el Estado como un asunto privado que ahora le permitía encabezar una lucha para desplazar al antiguo personal así como a todos los competidores nuevos. Desde la toma del poder por el Foro Cívico en 1989, hubo un deslizamiento silencioso, pero total, hacia el mimetismo del comportamiento de los triunfadores al modo de los comunistas en 1948. El Foro Cívico, sintiéndose en situación de monopolio de poder, no vaciló en desplazar a todo el personal conside-

rado no incondicional, incluyendo a los representantes de los antiguos partidos políticos no comunistas. Un caso ejemplar lo constituyó el Ministerio del Interior. Primeramente, por iniciativa del presidente Václav Havel, fue nombrado ministro un cristiano, miembro del Partido Popular Checoslovaco, R. Sacher. Sin embargo, a pesar de que gozaba de una autoridad indiscutible como persona imparcial y no partidista, él y sus pretensiones de despolitizar y profesionalizar al personal del ministerio chocaron con la idea que prevaleció en el Foro Cívico, es decir, la de que se trataba de un capital que con inversiones mínimas prometía ganancias máximas para el futuro. Una ventaja inmediata provenía de la operación de vincular a algunos personajes concretos con las labores de las fuerzas de seguridad del antiguo régimen (9).

El estado de ánimo de los nuevos gobernantes era una mezcla de euforia e incredulidad en vista del rápido colapso inesperado del temido gobierno comunista. Los temores de una eventual restauración tenían como referencia obligatoria al enemigo directo durante muchos años de todos los disidentes, la policía política. De hecho fue la primera y quizá la única institución del antiguo régimen sometida a un desmantelamiento total, después de la confiscación de todas las armas cortas y de la reclusión en su domicilio de todo el personal de la policía política. A partir de las indicaciones de las comisiones cívicas de depuración, algunas personas fueron destinadas a la policía criminal, las demás fueron despedidas y todo el cuerpo de la Seguridad de Estado (StB) fue disuelto. Curiosamente, al conocer desde dentro el tamaño de las actividades de esa policía política, los ex disidentes quedaron doblemente sorprendidos. Uno de los motivos de sorpresa lo constituía el tamaño bastante reducido del personal de la inteligencia interna que no superaba cuatro mil personas a tiempo completo, lo que contrastaba con las informaciones sobre la fuerza de la institución análoga de Alemania Oriental, la Stasi, que era mucho más poderosa. Otra causa de sorpresa fue el conocimiento de actas y materiales de la policía política que testimoniaban sobre su infiltración en todos los grupos ex disidentes, con un nivel de profundidad nunca intuido por ellos, dada la represión concreta más bien modesta. Todo esto fortaleció la convicción de que quien dispusiera de las informaciones acumuladas por la policía política podría decidir en gran medida sobre la composición de las elites políticas y administrativas futuras.

Estos hechos reforzaron cierta concepción conspirativa del acontecer histórico alimentada durante años en los círculos disidentes en la semiclandestinidad. Los rituales del comportamiento antisistema y una escala de valores en la que el primer puesto lo ocupaba la conducta digna ante la policía, se tradujeron después de 1989 en un actitud bastante sectaria, personalista y clientelista. Cada ex disidente destacado convertido en alto funcionario del nuevo régimen reclamaba para sí el derecho de formar sus oficinas y ministerios con gente de su confianza total, es decir, la gente

(9) Sobre este aspecto, véase Jiří KUNC: «Transition et désorganisation policière: le cas tchécoslovaque», en *Les cahiers de la sécurité intérieure*, núm. 8, Paris, Février-Avril 1992.

de su personal conocimiento, sin compromiso alguno con el antiguo régimen. También desde este punto de vista, la idea de cambio de régimen adquirió el carácter de un cambio de clientelas adscritas a ciertos personajes claves de los ex disidentes.

V. EL DESAFÍO DE LO POLÍTICO

Fuertemente vinculado con el desafío anterior, pero mereciendo un capítulo aparte, dada su importancia crucial, aparece el problema de la reconstitución de la esfera política. Como ya hemos dicho, la llamada edificación del socialismo desembocó, en el curso de cuatro décadas, en un sistema marcadamente desmovilizador y apolítico. Si la misma palabra «política» conservaba todavía algún sentido racional (porque la utilización redundante en los contextos más fantásticos la vaciaba de contenido) fue exclusivamente en el sentido de la regulación de conflictos jerárquico-autoritarios, según la tipología de Gerhard Lehmruch. La fusión de lo político y de lo social encontró su mejor expresión en lo que se denominaba oficialmente el Frente Nacional. En un estudio ya clásico, Thomas Lowit ponía el acento en la primacía de la función de la socialización política de tales entidades en la Europa del Este proponiendo denominarlas «partidos polimorfos» (10). Claro está que estas entidades tenían poco en común con los partidos políticos democráticos, dada la integración directa de varios intereses corporativos y prepolíticos en el Estado.

En las primeras semanas del cambio político cuando subsistía cierto temor ante una acción restauradora por parte de las fuerzas de represión, se logró un consenso general entre las viejas y las nuevas elites políticas sobre la necesidad de ordenar y mantener en los marcos legales el proceso del cambio. Este consenso se materializó en el establecimiento de una mesa redonda de las fuerzas políticas que funcionó con eficacia a finales de 1989 y principios de 1990 y sobrevivió luego como una entidad fantasma hasta las elecciones generales de junio de 1990 (11). En la mesa redonda se lograron acuerdos de trascendental importancia que fueron respetados tanto por el gobierno como por el parlamento. Se trataba del calendario de cambios antes de las elecciones libres y del sentido general de tales cambios: la redacción de leyes que permitirían la formación de un sistema competitivo de partidos políticos sin ninguna exclusión; la convocatoria de elecciones generales en el menor plazo posible; el establecimiento del principio proporcional en la asignación de escaños. Se logró un consenso también sobre los cambios inmediatos: antes de suprimir el mandato imperativo, se recurrió a sus ventajas para cambiar la correlación de fuerzas

(10) THOMAS LOWIT: «Le parti polymorphe en Europe de l'Est», *Revue française de science politique*, núm. 4-5, aout-octobre 1979.

(11) Hay ya varias ediciones de las transcripciones de lo grabado durante los debates claves de la primera etapa de la mesa redonda. Señalamos tan sólo a la edición preparada por el secretario personal de Václav Havel que tuvo a su cargo la grabación: VLADIMÍR HANZEL: *Zrychlený tep dějin*, Reálné drama o deseti jednáních, Praha, 1991.

en todos los órganos oficialmente representativos, desde el parlamento hasta las administraciones locales. El PC (oficialmente, «sus votantes») destituyó a una parte considerable de sus diputados en todos los eslabones del sistema representativo ocupando sus escaños las personas designadas por las organizaciones centrales y locales del Foro Cívico. En numerosas ciudades pequeñas y pueblos, las organizaciones del Foro Cívico se fueron formando tardíamente y precisamente con este objetivo: tomar el poder y ocupar una parte de los cargos decisivos de la administración local (paralelamente, se formaron Foros Cívicos locales con el objetivo de sustituir a los directores y al personal administrativo de las fábricas y otros centros de trabajo). En muchos casos se formó más de un Foro Cívico en la localidad o el centro de trabajo respectivo, compitiendo entre sí por ocupar los cargos dirigentes.

A pesar de los importantes acuerdos logrados, el experimento de la Mesa Redonda tuvo una vida corta, viéndose minado desde arriba y desde abajo. Influyó en ello la retirada rápida y casi sin protestar del PC de todas las posiciones de monopolio político tan celosamente vigiladas durante decenios. No sólo estuvo de acuerdo con la disolución de las células y otras organizaciones de base del partido en los centros de trabajo, universidades, etc., según el principio de que todos los partidos políticos suspenderían sus actividades en los lugares de trabajo, sino que también aceptó casi sin protestar el hecho de que el Foro Cívico ignorara ese mismo acuerdo y mantuviera las actividades de sus bases en todos los centros de trabajo, arguyendo que el acuerdo se refería sólo a los partidos políticos, y que el Foro Cívico no era un partido sino un movimiento de todos los ciudadanos.

Efectivamente, el Foro Cívico carecía de estructura jerárquica partidaria y el Centro Coordinador del Foro Cívico dirigía todas las actividades del movimiento a través de las proclamas y consejos emitidos por los medios de comunicación. Sin embargo, los dirigentes del Foro entendieron que la retirada del PC producía un vacío político que requería ser llenado. Por otra parte, junto con la disipación de los temores a una restauración violenta, crecían los miedos a que los nuevos partidos políticos en formación no tuvieran tiempo suficiente para la consolidación interna ni para conseguir un perfil programático claro y atractivo para los votantes y que, por lo tanto, no pudieran competir electoralmente con el PC. Este, si bien en retirada y habiendo perdido a cientos de miles de militantes, podría, sin embargo, salir victorioso de las elecciones libres. De tales consideraciones resultó la decisión del Foro Cívico de reconsiderar sus planteamientos iniciales; limitar la apertura del espacio político para la formación de entidades nuevas; dar a las elecciones el carácter de un plebiscito entre la democracia y la dictadura; convertir al Foro Cívico, manteniendo su característica oficial de movimiento político o partido-antipartido, en el principal contrincante de las «fuerzas oscuras del pasado» representadas por el PC. Todo ello exigía introducir importantes limitaciones en la formación libre del espacio político.

Como consecuencia de estas opciones se puso fin a los intentos de consenso y se reabrió una política de confrontación. El Foro Cívico aceptó a regañadientes las primeras escisiones de su tronco amalgamado y la formación de nuevas entidades autónomas, tales como el Partido Social-Demócrata. Al mismo tiempo, el Foro

Cívico no promovía ni frenaba las campañas en pro de la prohibición legal del Partido Comunista. Realmente, necesitaba de un tal enemigo real o ficticio. El Foro Cívico esperó hasta que los partidos pequeños se pronunciaran oficialmente a favor de la prohibición legal del PC para ridiculizarlos inmediatamente como unos ingenuos política e intelectualmente.

Esta estrategia condujo al Foro Cívico a un triunfo electoral todavía más rotundo de lo previsto. Si bien sólo superó el 50 por 100 en la votación para la Cámara del Pueblo, los escaños adicionales conseguidos gracias a la barrera electoral del 5 por 100 le proporcionaron (junto con su análogo eslovaco OPCV —Opinión Pública contra la Violencia—) una mayoría absoluta y cómoda en las dos cámaras de la Asamblea Federal y también en los dos Parlamentos Nacionales, checo y eslovaco (12). Por otra parte, los resultados electorales confirmaron la tendencia a la formación de dos sistemas políticos separados y divergentes, checo y eslovaco.

Lo más notorio del proceso de formación del espacio político fue la confirmación del clima de confrontación que se prolongó al período constituyente y se materializó en la forma cotidiana de administrar el país. Ya antes de las elecciones, el tono de confrontación con las fuerzas del pasado produjo cierto desbordamiento por abajo de los planteamientos del Centro Coordinador del Foro Cívico. En Brno, la capital de Moravia, el Foro se escindió en un ala moderada y oficialista que pretendía respetar los acuerdos de la mesa redonda en cuanto a la composición negociada de los órganos regionales de poder, y un ala jacobina que desestimaba todos los acuerdos logrados con «las fuerzas oscuras del pasado» y bajo el lema «el pueblo lo exige» incitaba a una depuración implacable tanto de la vida pública regional como del mismo Foro Cívico, ya que en él había elementos que, si bien habían acumulado ciertos méritos como disidentes en los últimos veinte años, no podían borrar un pasado «moralmente detestable», por su militancia juvenil en las filas del PC.

Después de las elecciones y como para demostrar las tesis clásicas sobre la estructura idéntica de todas las revoluciones con el desplazamiento de los revolucionarios moderados por los «duros» —los jacobinos incorruptibles y fanáticos que pretenden acabar de una vez por todas con cualquier huella de un pasado corrupto e inmoral—, la línea divisoria del conflicto con el pasado se desplazó al seno del

(12) Los resultados de los partidos principales en las elecciones del 8-9 de junio de 1990 para la Asamblea Federal fueron los siguientes: En la Cámara del Pueblo (una de las dos cámaras del Parlamento Federal): Foro Cívico 53,15 por 100 (presentó sus listas en los países checos). La OPCV 32,54 por 100 (presentó sus listas en Eslovaquia). El Partido Comunista de Checoslovaquia 13,48 por 100 en los países checos, 13,81 por 100 en Eslovaquia. Unión Demócrata Cristiana 8,69 por 100 (en los países checos), Movimiento Demócrata Cristiano 18,98 por 100 (en Eslovaquia). Movimiento por la Democracia Autónoma-Asociación para Moravia y Silesia 7,89 por 100 (en países checos). El Partido Nacional Eslovaco 10,96 por 100 (en Eslovaquia). En la Cámara de Naciones: Foro Cívico 49,96 por 100. La OPCV 37,28 por 100. El Partido Comunista de Checoslovaquia 13,8 por 100 (en los países checos), 13,43 por 100 (en Eslovaquia). Movimiento Demócrata Cristiano 16,66 por 100 (en Eslovaquia), Unión Demócrata Cristiana 8,75 por 100 (en los países checos). Partido Nacional Eslovaco 11,44 por 100, Movimiento por la Democracia Autónoma-Asociación para Moravia y Silesia 9,1 por 100.

Foro Cívico y del parlamento. La minoría opositora del PC en el parlamento y en la sociedad dejó de ser interlocutor aceptable y entró en un gueto político manteniendo únicamente relación con los grupos «izquierdistas» del gobierno y del Foro Cívico.

En el seno del Foro Cívico el nuevo aparato profesional de ese «partido-antipartido», ocupado por los llamados *managers* (ejecutivos) regionales y locales, se convirtió en el exponente principal de esta línea política de confrontación y continuó pidiendo una segunda revolución. El contenido de su programa podía resumirse en el objetivo «queremos gobernar», con una alusión clara a la posición todopoderosa de sus homólogos del régimen anterior, los secretarios regionales del PC.

Los jacobinos del aparato del Foro Cívico finalmente encontraron un lenguaje común con el equipo de los economistas encabezado por el superministro de Hacienda, Václav Klaus, que propuso y logró imponer el paquete de medidas de la reforma económica en forma de terapia de choque, inspirado en las tesis ultraliberales y monetaristas de Milton Friedman. En una rebelión abierta contra los deseos e indicaciones del hasta entonces indiscutible líder máximo y Presidente de la República Václav Havel, los *managers* eligieron, en septiembre de 1990, a Václav Klaus presidente del Foro Cívico con el objetivo expreso de convertirlo en un partido jerárquico, disciplinado y dominante en la sociedad en transición hacia una utopía ya no comunista sino ultraliberal. Los dirigentes históricos de la oposición al régimen anterior, tales como el ministro de Asuntos Exteriores, Jiří Dienstbier, el primer ministro checo, Petr Pithart, y otros, criticaron lo que calificaban como un «partido de derechas de tipo leninista» y se rebelaron contra el dictado del economista Klaus y sus aparatos regionales.

Estrechamente relacionado con las cuestiones tratadas hasta aquí aparece el problema de la depuración. En su perspectiva comparada de las transiciones en Europa Oriental, Giuseppe Di Palma señala que todos los cambios de régimen están acompañados de acusaciones hacia el pasado de corrupción, apropiaciones ilícitas, degeneración moral y abusos de todo tipo y, en consecuencia, aparece el problema de la depuración; no obstante, dejando aparte la Alemania nazi, en ningún otro caso tuvo la depuración la importancia central que ha ganado en Europa Central. En ningún caso —continúa Di Palma— la depuración ha sido entendida como un ejercicio catártico en el que «depurando» a las fuerzas del viejo régimen se salvan sus ciudadanos. El mismo autor estudia este hecho en relación con el grado mayor del contenido «salvador» en la ideología de los regímenes anteriores y del respectivo peso del sentimiento de humillación por haber soportado tantas mentiras tanto tiempo. De esta experiencia de degradación, Di Palma deduce un pronóstico poco halagüeño para la democracia en estos países (13).

Coincidiendo con esta línea de pensamiento y compartiendo estas conclusiones, queremos, sin embargo, vincular el nivel general con el acontecer político cotidiano.

(13) GIUSEPPE DI PALMA: «Le transizioni democratiche in Europa orientale. Una prospettiva comparata», *Rivista Italiana di Scienza Politica*, agosto 1990/2, págs. 226-229.

La necesidad latente de una catarsis se vio fortalecida enormemente por lo que habíamos señalado como una concepción errónea de la naturaleza del régimen anterior y de la salida posible de él. El análisis de la realidad con conceptos morales llevado a cabo por los ex disidentes acentuó una brecha casi insuperable entre un puñado de personas que habían tenido el coraje de «vivir en la verdad» oponiéndose al régimen, y la aplastante mayoría de la gente pasiva que había colaborado con el régimen immoral, sin hablar ya de los que le servían por oportunismo abierto o especiales ventajas materiales. La catarsis deseada por la gran mayoría de la población no pudo, bajo estas condiciones, canalizarse de otro modo que dirigiéndose oficialmente contra el personal del antiguo régimen, pero apuntando sobre todo a los ex disidentes, cuya misma existencia representaba una denuncia sobre la pasividad de la mayoría de la población.

Hubo varios intentos de depuración, entre los cuales cabe citar un proyecto de ley que impediría a toda persona que figurase en los expedientes de la antigua policía política ejercer como diputado, al margen del veredicto electoral. Si bien esta iniciativa no prosperó, en otoño de 1991 fue aprobada la Ley núm. 451/1991 sobre algunas condiciones para ejercer cargos en la administración del Estado —la llamada ley de «lustración»—. Según la misma, las personas incluídas en algunas categorías (los que habían figurado como colaboradores en los archivos de la policía política, los miembros de las Milicias Populares, los dirigentes del partido comunista) se ven impedidos de ejercer ningún cargo directivo en la administración estatal, las universidades, liceos, etc. Por ejemplo, Alejandro Dubček, la figura legendaria del proceso de reformas de 1968 podía ejercer, antes de su muerte trágica en 1992, el cargo de Presidente de la Asamblea Federal, pero habría sido declarado no apto para trabajar como jefe de un correo provincial o de un comedor escolar.

La ley afectó muy duramente a los ex comunistas reformistas de 1968 que habían nutrido gran parte de la disidencia de los años setenta y ochenta. Si bien la misma ley lo prohíbe expresamente, no es casual que la primera lista de los supuestos ex colaboradores de la policía política fuera publicada (sin sanción jurídica alguna) justo antes de las elecciones de 1992.

Apenas constituido el Tribunal Constitucional, 99 diputados de la Asamblea Federal se dirigieron al mismo solicitando que se declarara inconstitucional esta ley por colisión con la Carta de los Derechos Humanos (efectos de retroactividad, culpa colectiva, denegación de la presunción de inocencia, imposibilidad de recurso de amparo). Sin embargo, el Tribunal Constitucional (algunos de cuyos miembros fueron designados por el presidente Václav Havel entre diputados que habían votado a favor de esta ley) decidió en noviembre de 1992 declarar inconstitucionales solamente los párrafos de la ley que contemplaban los llamados «candidatos a la colaboración», es decir las listas en que figuraba casi todo el mundo (incluyendo al presidente Václav Havel).

El hecho fue que esta ley, concebida como un elemento de catarsis colectiva, contribuyó sobre todo a «depurar» de la escena política y los aparatos administrativos a los ex disidentes vinculados con el movimiento reformista de 1968 así como con

la oposición en los veinte años siguientes. Muy pocos de éstos pudieron demostrar una ausencia total de contactos con la policía política o no haber sido nunca funcionario del Estado ni del partido, ni miembro de las Milicias Populares.

Sin embargo, el efecto más importante de esta ley fue lo que podríamos llamar, parafraseando a Josep Colomer, la formación de un desequilibrio inducido estructuralmente (14). Desprestigiando a una parte del espacio político vinculada generalmente con la izquierda se obtiene el efecto de derrota no solamente de ella, sino de toda la amplia gama de otras corrientes que no quieren identificarse con el extremo opuesto. El efecto del péndulo histórico así instrumentalizado es paradójico: tan sólo reproduce la intolerancia del antiguo régimen y las mismas distorsiones de lo político que nace mutilado.

VI. EL DESAFÍO DEL NACIONALISMO

Después de la formación de un Estado común, en 1918, los checos no respetaron las promesas de autonomía hechas a la segunda nación constituyente de la República Checoslovaca. El descontento sobre una supuesta opresión nacional y cultural y una supuesta colonización económica llevó, con ocasión del debilitamiento del Estado checoslovaco en 1938 a la autonomía hasta entonces denegada y, en marzo de 1939, a la proclamación de un Estado independiente, el Estado Eslovaco.

En los años siguientes, Bohemia y Moravia fueron un país vencido y ocupado, con el estatuto oficial de Protectorado del Reich. Eslovaquia fue formalmente un país independiente y reconocido por varios gobiernos europeos, aunque tuvo que concertar un tratado, no de protectorado, sino de protección (Schutvertrag) con el Reich. Después de la guerra, el intermezzo independiente hubo de ser olvidado. La historia de la resistencia antifascista —la llamada Insurrección Nacional Eslovaca que debía originalmente servir de mito redentor de la colaboración con los nazis— corrió una suerte semejante. En los años cincuenta y sesenta también esta parte de la historia fue censurada y sus protagonistas (el principal era Gustáv Husák) encarcelados, con el objetivo de sincronizar la siempre diferente escena política eslovaca y checa. Una situación inversa se produjo después de 1968 al «normalizarse» la vida política en los países checos con la ayuda de los eslovacos (Husák, Biľak). A cambio, los eslovacos, que ayudaron a Moscú, consiguieron el estatuto de república federada (con su corolario respectivo en la esfera ideológica, entre otros la reaparición del culto a la Insurrección Nacional Eslovaca). Sin embargo, durante todo este lapso «totalitario» fue innegable el ascenso económico de Eslovaquia, así como el aumento del nivel de vida sin parangón en la Primera República (1918-38).

(14) JOSEP M. COLOMER: «El equilibrio político inducido estructuralmente», *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, núm. 8, 1991.

Durante las primeras semanas del cambio político de 1989 parecía que Eslovaquia iba a mantenerse al lado de Praga. El equivalente al Foro Cívico en Eslovaquia, creado muy rápidamente, optó por una denominación diferente, a saber, Opinión Pública Contra la Violencia (OPCV), con lo que terminaba aparentemente toda su especificidad. La OPCV parecía conforme con absorber todo lo que venía como iniciativa desde Praga siempre que se garantizara la presencia eslovaca de manera suficiente en los cargos políticos: la salida del eslovaco Gustáv Husák de la presidencia de la república y su reemplazo por el checo Václav Havel fueron compensados por la promoción del eslovaco Alexander Dubček a la cabeza del parlamento. También el puesto de primer ministro fue ocupado por un eslovaco, Marián Čalfa.

La bomba estalló en Praga, desde una esfera nunca bien comprendida por los checos, pero muy familiar para los eslovacos, es decir, desde la revisión de la historia y la reestructuración de todo el orden simbólico. Entre los nuevos dirigentes políticos fue seguramente el presidente Václav Havel el que expuso de manera más sistemática que los objetivos del Foro Cívico no eran un simple cambio político, sino la eliminación de los cuarenta años del «totalitarismo», agitando los símbolos de la Primera República (1918-1938). Si bien los eslovacos aceptaron sin mucho entusiasmo la negación de las cuatro décadas pasadas, en nada les entusiasmaba la idea de un retorno a los tiempos de la Primera República.

Cuando el presidente Havel propuso cambiar el nombre oficial del Estado eliminando simplemente el adjetivo «socialista», los diputados eslovacos se rebelaron. Estalló la llamada «guerra del guión», según la propuesta más significativa presentada por los eslovacos: cambiar el nombre por el de República Checo-Eslovaca. Si bien se llegó finalmente a un compromiso —la República Federativa Checa y Eslovaca—, la virulencia de las discusiones anunciaba profundas líneas de división y una gran incompreensión mutua.

En los primeros meses del diferendo, el presidente Havel condenó con energía la reaparición en Eslovaquia de símbolos que glorificaban su etapa independiente, incluyendo al presidente Jozef Tiso ajusticiado después de la guerra. Sin embargo, en las elecciones generales de julio de 1990, el Partido Nacional Eslovaco que glorificaba abiertamente aquel período de la república de Jozef Tiso, pronunciándose por la recuperación de la independencia eslovaca, obtuvo 14 diputados en la Asamblea Federal. Este resultado confirmó que las fuerzas en pro de la independencia eslovaca no constituían el grupo político decisivo en Eslovaquia, pero por otra parte tampoco se trataba de un puñado de extremistas como los solían caracterizar los medios gubernamentales. El aspecto más difícil a estudiar y, al mismo tiempo, decisivo a este respecto es la imbricación estrecha de los símbolos y programas nacionalistas independentistas y separatistas y los asuntos económicos. Este es el aspecto clave que llegó a imposibilitar la reforma de la Constitución y la existencia de un Estado común. La reforma económica diseñada por el equipo de los economistas monetaristas y ultraliberales encabezado por Václav Klaus conllevaba un impacto duro en toda la estructura económica y un costo social elevado en todo el país. Sin embargo, las industrias pesadas y de armamento, así como las fábricas

orientadas de manera significativa al mercado soviético y de otros países del Este iban a sufrir el impacto mucho más duro con consecuencias casi catastróficas para el empleo y el nivel de vida en Eslovaquia, que concentraba gran parte de estas empresas. Las demandas de un trato especial y la defensa de lo existente ante los efectos devastadores de los monetaristas de Praga se encontraron en una plataforma común con la defensa de la identidad cultural e histórica. De hecho la reforma económica diseñada por Klaus fue interpretada como un nuevo intento llevado a cabo desde Praga con el objetivo de colonizar nuevamente Eslovaquia empujándola hacia el atraso.

Sin embargo, el estímulo para la agudización del conflicto llegó esta vez desde los países checos donde el espacio político se había remodelado más temprano, ya en septiembre y octubre de 1990, lo que fue seguido de un nuevo intento efectuado desde Praga para sincronizar también el espacio político eslovaco. En Eslovaquia, el primer ministro del Estado Vladimír Mečiar se hizo portavoz de la crítica frontal contra la política económica del gobierno federal, que según él no tomaba en consideración de manera suficiente la situación específica de la economía eslovaca. La defensa del empleo y el nivel de vida en Eslovaquia en contra de la política de restricciones del gobierno federal ganó para el premier Mečiar un apoyo entusiasta de la gran mayoría de la población. Mientras tanto, los aliados de Klaus en Eslovaquia, los llamados «eslovacos federales» de la dirección de la OPCV, fueron perdiendo popularidad y encontrando una enemistad cada vez más virulenta. Los eslovacos federales animados desde Praga lograron destituir al primer ministro Mečiar y sincronizar la política económica en todo el país al precio de la desintegración completa del movimiento OPCV y de la promoción para el puesto del primer ministro eslovaco de Ján Čarnogurský, dirigente del Movimiento Demócrata Cristiano, la segunda fuerza política en Eslovaquia. Esta operación de sustitución del primer ministro de Eslovaquia (seguida de la dimisión de varios ministros fieles a Mečiar) fue celebrada como un triunfo de la democracia parlamentaria. En realidad, contribuyó a ahondar el abismo entre ambas partes de la república. Para compensar esta capitulación ante la presión desde Praga en materia de transformación económica, el primer ministro democristiano Ján Čarnogurský tuvo que fortalecer su impetu autónomo o independentista en la esfera del derecho y la cultura. En la primera mitad de 1991, casi toda la clase política eslovaca se identificó con la exigencia original de los democristianos y de Ján Čarnogurský de condicionar la permanencia de los eslovacos dentro de los marcos jurídicos de un estado común con los checos a la firma de un tratado interestatal checo-eslovaco, lo que planteaba muchos interrogantes a la continuidad estatal desde la perspectiva del derecho internacional. Al mismo tiempo, si bien Ján Čarnogurský no ponía en cuestión la coexistencia de ambas naciones, avanzaba la tesis de que Eslovaquia debía entrar como miembro de pleno derecho en la futura Europa integrada. Mientras tanto, el primer ministro destituido Vladimír Mečiar organizó un amplio Movimiento Por la Eslovaquia Democrática que consiguió el apoyo mayoritario de la población eslovaca. En

suma, la sincronización de la política económica en los países checos y en Eslovaquia costó cara.

Los meses siguientes pueden ser descritos como un período de malentendidos durante los cuales cambió todo. En este punto parece muy oportuno el concepto de nacionalismo periférico de chantaje, ofrecido por Andrés de Blas Guerrero (15). Alude a la situación de un nacionalismo no fundamentalista, sino más bien utilitarista (se es nacionalista porque de este modo se puede ganar algo, y no porque se haya vivido una situación de opresión nacional). Podemos afirmar que el nacionalismo eslovaco no ha superado nunca este estado de cosas. Y, sin embargo, el estallido ha tenido lugar. El nacionalismo fundamentalista y separatista tuvo siempre en Eslovaquia un apoyo bastante reducido de no más del 10 por 100 de la población, animado por la colonia de eslovacos residentes en Estados Unidos y Canadá y, por otra parte, por el comportamiento muy poco diplomático del gobierno federal y personalmente del presidente Václav Havel. Este nacionalismo de signo cultural y más bien fundamentalista fue representado por Matica Slovenská, una institución para el fomento de la cultura que cuenta con una tradición novecentista y un apoyo siempre muy entusiasta, pero muy reducido.

Desde la destitución del Primer ministro en Eslovaquia, Mečiar, en la primavera de 1991, hasta las nuevas elecciones generales en junio de 1992 los motivos de las relaciones tensas entre checos y eslovacos, a saber el nacionalismo de signo cultural, el del chantaje (la orientación de la reforma económica y el respeto de la especificidad de la estructura productiva y social de Eslovaquia), así como el nacionalismo utilitario y particularista de las familias políticas locales siguieron presentes. El nuevo gobierno eslovaco intentó impedir a Vladimír Mečiar el acceso a la televisión y otros medios y la ofensiva propagandística desde Praga tampoco fue muy escrupulosa. Sin embargo, precisamente en respuesta a esta ofensiva se produjo una fusión cada vez más estrecha entre los nacionalismos mencionados quedando el nuevo gobierno eslovaco, con el primer ministro demócratacristiano Ján Čarnogurský en su cabeza, acorralado entre el descontento del público eslovaco y las presiones desde Praga. Čarnogurský, a la sazón uno de los primeros que hablaron sobre la estrella propia con que los eslovacos iban a brillar en el mapa de Europa, tuvo que moderar, bajo las presiones de Praga, este lenguaje cuasi-separatista, y por otra parte tuvo que marcar más claramente sus diferencias con la reforma económica forzada desde Praga acogiéndose a las encíclicas papales y la condena de un capitalismo salvaje. Estas actitudes contradictorias no salvaron su popularidad, sin hablar de la de los exponentes y partidarios del gobierno anterior de la OPCV que, ante la mayoría de la población eslovaca, aparecían como traidores de la causa nacional al sueldo de Praga y Václav Klaus. Algunas acciones torpes llevadas a cabo desde Praga en vísperas de las elecciones con el objetivo ingenuo de invertir la correlación de

(15) ANDRÉS DE BLAS GUERRERO: *Tradición republicana y nacionalismo español*. Madrid, 1991. Véase también la entrevista con el autor publicada en la revista *Přítomnost* 1993/1.

fuerzas e impedir el triunfo electoral inminente de Mečiar (tales como la destitución por el presidente Václav Havel del procurador general de la república y partidario del movimiento de Mečiar, Iván Gašparovič, o la campaña de desprestigio del mismo Mečiar acusándole de haber sido un colaborador secreto de la policía política del antiguo régimen, o incluso la intervención personal del presidente Václav Havel señalando pocos días antes de las elecciones a Mečiar como una persona de ideas muy peligrosas) produjeron el resultado opuesto, sellando el triunfo electoral, en Eslovaquia, de Vladimír Mečiar.

Entre las características principales de los resultados electorales de junio de 1992 figura la polarización nacional y el hundimiento de lo que se podría llamar el centrismo político, netamente del Movimiento Cívico en los países checos, así como de la OPCV y en cierta medida de los democristianos en Eslovaquia. Resultaron triunfadores el partido de Václav Klaus (El Partido Democrático Cívico en coalición con un minúsculo Partido Demócrata-Cristiano checo) en la República Checa y el de Vladimír Mečiar en Eslovaquia (16).

Las fuerzas ganadoras en cada una de las repúblicas no contaban con una mayoría aplastante en los órganos legislativos de las repúblicas, pero sí con una mayoría bastante cómoda para votar las leyes ordinarias. Mientras tanto, en la Asamblea Federal los escaños se dividieron casi a partes iguales entre la coalición que formó gobierno y el resto. Las negociaciones entre los dos partidos triunfantes sobre la composición y el programa de un gobierno federal no prosperaron, y unos pocos días después de las elecciones (el 21 de junio) los dos líderes (checo y eslovaco) anunciaron su disposición y el acuerdo mutuo a proceder a la división del Estado común en dos entidades independientes.

(16) Los resultados de las elecciones generales de junio de 1992 a la Cámara del Pueblo, la Cámara de Naciones de la Asamblea Federal y al Consejo Nacional respectivo (checo o eslovaco) fueron éstos: Partido Democrático Cívico - 33,9 por 100 - 33,4 por 100 - 29,7 por 100. Partido Comunista de Bohemia y Moravia - 14,3 por 100 - 14,5 por 100 - 14,0 por 100. Partido Social Demócrata - 7,67 por 100 - 6,8 por 100 - 6,53 por 100. Movimiento Cívico - 4,39 por 100 - 4,74 por 100 - 4,59 por 100 (este partido de la ex disidencia, formado por varios intelectuales destacados que constituían el núcleo del gobierno saliente, no superó la barrera electoral de un 5 por 100, por lo que no forma parte de ningún cuerpo legislativo). Unión Demócrata Cristiana-Partido Popular Checoslovaco - 5,98 por 100 - 6,08 por 100 - 6,28 por 100. Asamblea por la República-Partido Republicano Checoslovaco (la extrema derecha) - 6,48 por 100 - 6,37 por 100 - 5,98 por 100. Movimiento por la Democracia Autónoma-Asociación para Moravia y Silesia 4,23 por 100 - 4,9 por 100 - 5,87 por 100. Alianza Democrática Cívica 4,98 por 100 - 4,08 por 100 - 5,93 por 100. Unión Liberal Social 5,84 por 100 - 6,06 por 100 - 6,52 por 100.

En la República Checa, la coalición de gobierno fue formada por el Partido Democrático Cívico (que se presentó en la coalición electoral con el minúsculo Partido Demócrata-Cristiano), Unión Demócrata Cristiana y la Alianza Democrática Cívica. En la república Eslovaca se formó un gobierno casi monocolor del Movimiento por la Eslovaquia Democrática de Mečiar que obtuvo el 33,5 por 100 - 33,8 por 100 - 37,3 por 100 (con presencia de un ministro miembro del PNE). Es sintomático que el único partido que había incorporado la separación estatal en su programa, el Partido Nacional Eslovaco, obtuvo tan sólo 9,39 por 100 - 9,35 por 100 - 7,93 por 100.

El motivo principal que llevó a la desintegración de la república no sobrepasaba un horizonte de objetivos económicos a corto plazo y de ambiciones personales de los que habían triunfado con sólo un tercio de los votos en cada estado. A partir de las elecciones ambos partidos intentaron excluir de todo el proceso ulterior de decisiones a los demás actores e instituciones previstos por la Constitución. El gobierno federal formado por un acuerdo político entre los dos triunfadores no ocultó su voluntad de realizar un único objetivo —tan sólo gestionar el desmantelamiento del Estado común, es decir, asegurar la aplicación técnica de la desintegración del Estado según la decisión de los dos líderes de los partidos regionales.

Por otra parte, el candidato a presidente federal, Václav Havel no consiguió en votación repetida la cantidad requerida de votos para su elección, en parte por la falta de apoyo de los diputados eslovacos (lo que se comprende por su ataque preelectoral contra el partido de Mečiar), pero también por el tibio apoyo de los diputados checos. Václav Havel podría haber seguido ejerciendo sus funciones durante tres meses más; sin embargo, optó por dimitir de su cargo el 17 de julio, el día de una declaración de soberanía (acto plenamente constitucional y sin consecuencia jurídica alguna para la continuidad del Estado) por el Consejo Nacional Eslovaco (parlamento). De este modo, también la Presidencia de la República Federativa Checa y Eslovaca dejó de influir en los acontecimientos cuya dinámica se aceleró en el sentido de la disgregación del Estado. Surgieron otros candidatos a presidente federal, dominando entre ellos personajes pertenecientes a grupos marginales de la vida política, y entre ellos no faltaba alguno que podría contar con un consenso bastante amplio y servir de puente entre las fuerzas divergentes (por ejemplo, el ex vicepresidente de la Cámara de Naciones, Jan Sokol). A estas alturas, no obstante, el Partido Democrático Cívico, con Václav Klaus a la cabeza, ya estaba decididamente comprometido con la separación y prefería dejar ese cargo vacante arguyendo en público que su único candidato aceptable era Václav Havel.

La base política evidentemente frágil de la opción de desintegrar el estado común (dado que provenía únicamente de un acuerdo de los jefes de ambos partidos victoriosos con un tercio de votos) exigía naturalmente excluir del proceso de decisiones a todas las instancias pertinentes sin caer en una inconstitucionalidad flagrante. En primer lugar, los que optaron por la separación tenían que evitar a todo precio el someter esta decisión a un referéndum, cuya posibilidad estaba prevista según una ley constitucional y cuya aplicación fue reclamada vivamente por todos los partidos de la oposición de la parte tanto checa como eslovaca (que en este caso podían contar con un apoyo de por lo menos dos tercios del electorado) (17).

Con la exclusión del recurso al referéndum quedaba todavía pendiente el problema de cómo asegurar la desintegración dentro de los cauces legales. El problema principal consistía en que el único órgano constitucional competente para solucionar los asuntos federales seguía siendo la Asamblea Federal con la paridad de escaños

(17) KAREL BARTOSEK: *Le Monde*, 16-1-1993.

aludida más arriba, necesitando al mismo tiempo una mayoría calificada para las leyes constitucionales. Naturalmente, el mismo cuerpo federal estaba muy poco entusiasmado por la idea de votar su propia liquidación y ceder su puesto a los dos cuerpos regionales. La coalición en el gobierno organizó, por lo tanto, una campaña sistemática de proselitismo, intimidación y promesas. El argumento principal era el de que la desintegración era ya un proceso irreversible y que si el cuerpo de diputados federales permanecía insensible, no por ello cambiaría el rumbo de la evolución, desplazándose el centro de decisiones a los cuerpos regionales, pero con riesgos de desorden o incluso una involución de tipo yugoslavo. Se eludía toda referencia a las consecuencias inevitables de tal procedimiento, por ejemplo en la esfera del derecho internacional, de las obligaciones de los estados sucesores, etc.

Es sintomático que el proyecto de ley constitucional sobre la disolución de la Federación sometido a votación en la Asamblea Federal el 18 de noviembre de 1992 fuera rechazado por los diputados. En consecuencia las negociaciones continuaron hasta el 24 de noviembre. Lo que decidió finalmente a los diputados federales fueron las promesas y/o amenazas en relación con su futuro personal económico y político. Un día después del rechazo de la ley por la Asamblea Federal, el Consejo Nacional Checo, donde la coalición del gobierno contaba con la mayoría suficiente, anunció que asumía la responsabilidad de la continuidad del poder estatal en el territorio de la República Checa para asegurar un desarrollo pacífico del proceso jurídico dirigido hacia la existencia de un Estado checo independiente a partir del 1 de enero de 1993 (en Eslovaquia, un corolario de este acto no fue necesario, gracias a la adopción de la constitución eslovaca ya en septiembre). Por otra parte, a los diputados federales se les ofrecieron algunas garantías personales (que no fueron respetadas más tarde), asegurándoles que pasarían a formar parte de los órganos legislativos de cada una de las dos repúblicas.

El 25 de noviembre, la ley constitucional sobre la disolución de la República Federativa Checa y Eslovaca (siendo sus sucesores la República Checa y la República Eslovaca) fue aprobada con una diferencia de dos votos en la Cámara del Pueblo, de un voto en la parte eslovaca de la Cámara de Naciones y con el número requerido exacto en la parte checa de la Cámara de Naciones. A partir del 1 de enero de 1993 el Estado común formado por los checos y eslovacos en 1918 dio su existencia por terminada.

(Traducción revisada por Carmen González Enríquez)

